

CÉSAR VIDAL

Lo-ruhama

No compadecida



Ésta es la historia del profeta Oseas y de su relación con Gomer, su mujer. En un ambiente donde el dinero, la prosperidad y el sexo han empañado el mensaje espiritual y el cumplimiento del pacto divino con su sociedad.

Oseas, un hombre traicionado por su mujer, descubre no sólo que existe una solución para su drama matrimonial, sino que a través de él Dios anunciará la salvación para su pueblo.

En esta novela César Vidal, utilizando su vasta experiencia literaria y su gran habilidad para construir historias, logra armar una obra sólida y compleja en su planteamiento.

En ella se pueden encontrar tres planteamientos: la experiencia de Oseas como profeta, la experiencia de Gomer que de alguna manera es una metáfora de la evolución espiritual de Israel, y lo que representa la figura de Lo-ruhama, la hija de los dos.

Lo-ruhama es la niña que permite unir tanto la historia de Oseas como la de Gomer, para así, como un todo, crear el universo de esta novela tan profunda y conmovedora.

VOCABULARIO

Adón. Señor. Tratamiento de cortesía.

Adonai. Señor. Título otorgado al Dios de Israel.

Abba. Papá.

Ha-Arets. Literalmente: la Tierra. El territorio entregado por Dios a Israel.

Goy. Gentil. No israelita.

Goyim. Plural de *goy*. Gentiles o naciones.

Imah. Mamá.

Meguil·lah. Rollo.

Mitsraym. Egipto.

Mitsvot. Mandamientos.

Pésaj. Pascua.

Sefer Torah. Rollo de la ley.

Shalom. Paz. Forma habitual de saludo y despedida.

Shavuot. Cabañas.

Todá rabá. Muchas gracias.

Torah. La ley entregada por Dios al pueblo de Israel.

El rayo de sol, amarillo y fino como un delicado hilo y de oro, logró traspasar la débil barrera que representaba la sencilla cortina y se estrelló, descarado y ardiente, sobre el rostro dormido de la mujer. Parpadeó molesta e incluso agitó la mano delante de la cara como si aquella luminosidad impertinente pudiera ser espantada con la misma facilidad que una mosca incómoda. El esfuerzo resultó inútil. Totalmente inútil. Con gesto de somnolencia pesada, entreabrió los ojos y echó un vistazo a la ventana. De manera automática, con la seguridad que proporciona haber repetido un mismo movimiento millares de veces, estiró la diestra y comprobó que el lecho estaba vacío. Fue aquel descubrimiento el que la empujó como si hubiera actuado sobre ella un resorte. De un solo impulso, se sentó y, acto seguido, se puso en pie. Extendió a continuación los brazos para desperezarse y luego se frotó los ojos. Sí, no cabía duda alguna. Se había quedado dormida. Profundamente dormida. Totalmente dormida. ¡Con todo lo que tenía que hacer...!

Mientras se rascaba la coronilla con gesto de apenas reprimida pereza, dudó entre ponerse a preparar algo para el desayuno o limpiar. En circunstancias normales, habría optado por lo primero, pero, estando sola y sin mucho apetito, consideró que lo más adecuado sería intentar recuperar algo del tiempo perdido por dormir de más. Buscó con la mirada la escoba de ramas que utilizaba para adecentar la

casa y cruzó la habitación para echar mano de ella. Comenzó a barrer mientras terminaba de despejarse. Se trató de un trabajo maquinal, casi automático, que le llevó un rato. Luego descolgó de la pared el trapo que utilizaba para quitar el polvo que, inevitablemente, se acumulaba con el paso de cada día. Apenas había mobiliario en la casa y no tuvo que esforzarse demasiado en aquel menester. De hecho, a decir verdad, sólo un arcón pequeño que yacía adormilado en una esquina de la modesta habitación hubiera podido definirse con propiedad como un mueble.

Deslizó el trapo por encima de aquella superficie gastada hasta que le pareció que recuperaba, siquiera en parte, su color original y entonces volvió a eruirse con la intención de prepararse algo para desayunar. Estaba a punto de salir de la casa para encender el fuego cuando, sin saber muy bien por qué, se quedó parada mirando aquel arcón. Entonces, igual que si se hubiera encendido una luz en medio de una habitación dando forma a los objetos sumidos en la penumbra, una rápida sucesión de imágenes antiguas se precipitó delante de sus ojos. Se trataba de retazos inconexos procedentes de tiempos ya pasados, de rostros ya desaparecidos del mundo y de episodios borrados con el paso de los años. ¡Dios santo! ¿Qué edad podría tener aquel arcón? A ciencia cierta, sólo Dios podía saberlo... Atrapada por aquella riada de sensaciones, se inclinó sobre el añoso mueble y lo abrió. Un agradable olor a ropa limpia se desprendió de manera natural y suave de las entrañas del arcón.

La mujer se sentó en el suelo y pasó la mano derecha por encima de aquella superficie irregular. No es que tuviera mucha ropa, la verdad fuera dicha, pero la que poseía estaba bien cuidada y su tacto le resultó agradable, como si la limpieza se hubiera convertido en algo tangible. De repente, sintió un deseo de hundir las manos como si en realidad estuviera acariciando una superficie acuosa. Por unos instantes, jugueteó con aquellos pedazos de diferentes teji-

dos sintiendo sus texturas mientras una sonrisa infantil se dibujaba risueña en su rostro aún joven. Entonces, de la manera más inesperada, sus dedos tocaron algo duro, gélido y, sobre todo, inesperado. Sin poderlo evitar, dio un respingo, como si se hubiera topado con un ratón o un cepo. Se echó hacia atrás intimidada y, por un momento, se mantuvo alejada del arcón.

«Pero, ¿qué estás haciendo?», se reprendió a sí misma. «Tan duro y frío no puede ser un animal...». Intentó convencerse de que tenía que descubrir la naturaleza de aquello que tanto temor le había infundido. Respiró hondo, volvió a acercarse al mueble y hundió la mano entre la ropa con resolución.

No le costó encontrarse de nuevo con el objeto que buscaba y entonces, como si en ello le fuera la vida, cerró sobre él los dedos y tiró hacia fuera. Cuando su brazo volvió a emerger de en medio de los tejidos, el puño apareció envuelto en el interior de una prenda de vestir. Tuvo aún que realizar algunos movimientos más sin soltar «aquello» antes de conseguir tenerlo ante los ojos.

Parpadeó un par de veces como si no pudiera creer lo que aparecía ante sí. Luego sonrió y acarició el objeto. Sí, por supuesto que lo recordaba. Lo había visto en algunas ocasiones cuando era niña, pero no tenía la sensación de recordar que estuviera en el fondo del mueble. Seguramente, alguien de la casa debía de haberlo depositado en lo más recóndito y allí se había quedado cubierto por la ropa de todos. Sólo cuando había metido las manos hasta el fondo... Sonrió. Seguramente no tenía mucho valor, pero se trataba de una pieza muy hermosa. Era blanquecina, suave, casi esférica. Una reproducción bastante aceptable de una granada. Su aspecto irregularmente redondo, como el de la fruta cuya forma intentaba reproducir, se rompía sólo en la parte de arriba, en que parecía estallar abriéndose para recibir una vela, y en un lado, donde se rasgaba en lo que era una semejanza de pepitas de granada.

¿Quién podía haber puesto aquella granada en el arcón? Con seguridad, su padre o su madre. Tenía que ser antigua, porque estaba segura de que ya no se fabricaba de esa manera primorosa que permitía combinar tan prodigiosamente la belleza con la sencillez. Depositó la figurita en el suelo y comenzó a acariciarse el mentón intentando, como si de un juego se tratara, determinar la época de origen. Sí, se dijo de manera casi inmediata, muy posiblemente pertenecía a los años de Jeroboam, rey de Israel. El segundo que había llevado ese nombre y no el primero, que no había pasado de ser un militarote empeñado en aprovecharse del desgarró del reino de Salomón, el monarca sabio al que las mujeres idólatras habían arrastrado a la necesidad en los últimos años de su existencia. Por supuesto, ella no había conocido aquella época, pero había oído hablar de ella en más de una ocasión. A decir verdad, le resultaba curiosa la manera en que todavía algunas personas de edad se referían a aquel reinado como una época de prosperidad, de diversión, de alegría y, sobre todo, de despreocupación... En esa época también su padre había conocido a su madre...

GOMER

Las lágrimas brotaban de sus ojos, abundantes, calientes y rabiosas. Era como si la ira que sentía en su interior hubiera creado una fuente de amargura que ahora rebasaba sus párpados para deslizarse por las mejillas hasta alcanzar, finalmente, el mentón. En lo más profundo de su ser, se sentía fracasada, herida, humillada. Sí, sobre todo, humillada y, justo cuando estaba entrando en casa, impulsada por el deseo de buscar un rincón solitario y a oscuras donde arrojar el pesar que le oprimía el pecho, su padre se había interpuesto. Inoportuno y desagradable, le había lanzado a la cara las mismas preguntas de siempre: ¿de dónde vienes? ¿qué te pasa? ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? Lo había hecho con un tono de voz áspero que parecía taladrarle los oídos y descenderle hasta las entrañas. No es que su padre gritara —la verdad es que el hombre apenas alzaba la voz— pero aquellas frases cortantes lanzadas como saetas le causaban un efecto agobiante, opresivo, casi como si le arrancaran el aliento de la nariz. En momentos como aquellos, hubiera deseado que la tierra se abriera y devorara a su padre, proporcionándole así un respiro, un descanso, una tregua.

Diblain intentó mantener la mirada mientras observaba los ojos despectivos de su hija Gomer. Había reflexionado en ello multitud de veces, pero no lograba encontrar una respuesta satisfactoria a la manera en que había ido cambiando en los dos últimos años. Hasta ese entonces, se ha-

bía comportado, en términos generales, como una criatura normal. Por supuesto, había tenido sus cosas y en más de una ocasión se había ganado un cachete o un azote, pero, a decir verdad, había podido incluso permitirse la presunción de que su Gomer era una niña buena. Y luego, de repente, de la manera más inesperada, todo había cambiado. Al mismo tiempo que su cuerpo perdía el perfil difuso de la infancia y adoptaba las primeras formas realmente femeninas, el carácter de Gomer se había transformado. Se había convertido en una criatura testaruda, irritable, descarada incluso, que recibía mal las palabras de su padre.

Tentado estuvo en más de una ocasión de zanjar las agotadoras disputas con su hija valiéndose de un bofetón o de un castigo ejemplar. Sin embargo, más allá de una ocasión en la cercanía de una fiesta de Pésaj, su esposa se había interpuesto siempre en los intentos de aplicarle alguna forma de disciplina a la muchacha. Le echaba en cara, delante de la propia Gomer, que era demasiado áspero, demasiado duro, demasiado carente de comprensión y Diblaim acababa cediendo al considerar que una guerra librada en un doble frente femenino era mucho más de lo que podía soportar en su hogar. Durante un tiempo, había querido conformarse repitiéndose que, a fin de cuentas, las mujeres son algo muy peculiar y que las jóvenes no iban a ser una excepción. Y si además lograba evitar discusiones y discordias... Y entonces se había enterado. Lo había sabido porque nunca falta alguien que conoce antes que los padres lo que sucede con sus hijos, especialmente si su vida no es todo lo recta que desearían, y acaba comunicándose-lo.

Había sucedido una tarde en la que Urías, el herrero, se había empeñado en que acudiera a su casa a probar un vino nuevo. Diblaim había intentado resistirse, nada inclinado a celebraciones, pero Urías había mostrado tanta pertinacia que había terminado por ceder. A decir verdad, durante un buen rato Diblaim se había sentido aliviado char-

lando con el herrero y picoteando el queso y las aceitunas que le había ofrecido para acompañar la bebida. Recordaron la época de la infancia, en que aún no tenían que cargar con ninguna obligación y en que se podían permitir alguna que otra travesura. Bromearon, disfrutaron, se rieron y entonces, de pasada, como si se hubiera referido a la forma caprichosa que adoptaban las nubes o al descenso de la temperatura en invierno, se lo dijo:

—Te supongo enterado de que Gomer ya no es virgen...

Fue escuchar aquellas palabras y el vino que había alegrado sus labios y su alma se tornó amargo como el acíbar. Hubiera deseado levantarse indignado, gritar al herrero y golpearlo, pero se quedó clavado a su lugar mientras Urías entraba en detalles. Sabía todo porque se lo había contado su propia hija Sara. Sí, había sido en el curso de una fiesta, la de Shavuot. Ya se sabe, los muchachos comienzan a beber, se alegran y pierden el control... y además, el herrero le había insistido en que las costumbres de los jóvenes de ahora no eran ya las de sus tiempos... No tenía tanta importancia, por supuesto, pero era mejor que lo supiera.

Diblaim había fingido una sonrisa y asentido a lo que le había dicho su amigo. Sí, claro, ya no era igual que tiempo atrás. Por supuesto, era un atraso comportarse como un fanático a la hora de seguir la Torah que Adonai había entregado a Moisés en el Sinaí. Los tiempos, como no puede ser de otra manera, cambian. Aún apuró la copa de vino y charló unos instantes como si nada de lo escuchado le hubiera afectado. Luego fingió que se acababa de dar cuenta de lo tarde que era y, tras dar las gracias al herrero por su amable convite, se había levantado despidiéndose. Logró llegar a la esquina de la calle, conteniendo a duras penas las lágrimas. Luego aceleró el paso hasta salir de la aldea y adentrarse en los terrenos de labor cercanos. Fue precisamente cuando juzgó que nadie podía verlo cuando echó a

correr hasta llegar a un árbol de mostaza. Allí se había dejado caer y había roto a llorar.

Uñas el herrero podía haber comentado lo que había querido, pero algo en lo más profundo de su ser le decía a Diblaim que aquellas palabras que justificaban todo refiriéndose al paso del tiempo tenían un sonido carente de autenticidad, semejante al de una moneda falsa. Sí, podían decir lo que quisieran, pero él sabía de sobra que Gomer ahora sólo tenía ante sí la expectativa de malcasarse. Eso, claro está, en el supuesto de que llegara a contraer matrimonio. Desde entonces se había dicho una y mil veces que su hija había dado un paso que no tenía arreglo y cuyas consecuencias eran difíciles de prever. Y ahora Gomer volvía a llegar tarde y le desafiaba, y él sentía una mezcla ardiente de cólera, de vergüenza y de impotencia.

—Diblaim, déjala respirar —intervino la madre—. Es... joven.

Sí, lo era. No cabía duda. De ahí su pesar. Abatido, Diblaim bajó la mirada y, como si llevara una carga sobre los hombros, abandonó la habitación.

Gomer apenas pudo reprimir una sonrisa de satisfacción al ver cómo su madre había logrado que su padre se diera por vencido. La verdad era que se hallaba más que harta de vivir en casa. Lo que ella deseaba era disfrutar, salir, gritar... vivir en suma. Exactamente lo que estaba empezando a sucederle ahora, en los últimos tiempos, y lo que su padre pareciera empeñado en impedir.

—Tienes que ser un poco más prudente con tu padre... —le dijo su madre mientras le servía un plato de comida.

—Mi padre es insoportable, *imah* —respondió Gomer irritada, como si le fastidiara incluso mantener aquella conversación—. No me entiende.

—Lo sé, hija —aceptó la madre mientras levantaba la mirada al techo con gesto de cansancio—. Si yo te contara..., pero tienes que saber comportarte. Al final, los hom-

bres son todos igual de tontos. Sólo hay que saber llevarlos.

Gomer dejó escapar un bostezo al escuchar las últimas palabras de su madre. Había oído aquel comentario y otros parecidos en multitud de ocasiones y le producían un profundo aburrimiento. Mientras se llevaba a la boca la comida que había preparado su madre procuró no prestar la menor atención a sus palabras. Pensó que eran como el ruido de la lluvia y se puso a pensar en otras cosas. Luego, terminada la pitanza, dijo:

—Estoy muy cansada. Me voy a dormir.

Se levantó en medio de una frase de su madre y estiró los brazos para dejar claramente de manifiesto que deseaba descansar y que no tenía la menor intención de fingir siquiera que escuchaba.

—Buenas noches —dijo como si fuera un capitán dando órdenes a sus hombres.

Resopló de fastidio mientras se desnudaba acordándose de las palabras de sus padres. Pero, ¿por qué no podía vivir tranquilamente como tantas amigas suyas? ¿A qué designio del destino se debía que tuviera que soportar a un padre intolerante y a una madre empeñada en acercarse a ella de una manera tan pesada? ¿Es que no había manera de que pudiera vivir en paz y sin tener que escuchar tantas monsergas? Frunció el ceño en un gesto de malhumor y cerró los ojos. No tardó en quedarse dormida sin responderse a aquellas cuestiones.

Fue el suyo un sueño profundo, que la separó de todo el mundo que la rodeaba igual que si se tratara de un espeso muro de silencio. A decir verdad, siempre dormía así, como si cayera en un abismo insonoro que le evitara cualquier molestia por mínima que fuera. Por eso, necesitó algunos instantes para percatarse de lo que sucedía cuando unas manos comenzaron a sacudirla.

—Pero... pero ¿se puede saber qué pasa? —acertó al final a preguntar indignada—. ¿Es que no se ve que estoy

durmiendo?

—Despierta. ¡Despierta! —le respondió un susurro imperativo—. Que es muy importante lo que tengo que decirte.

Gomer parpadeó, pero no consiguió ver nada. Un resplandor amarillo se recortaba contra la negrura de la noche cegándola e impidiéndole distinguir a la persona que le hablaba.

—¿Eres tú, *imah*? —se atrevió a decir mientras notaba que una sensación de temor se apoderaba de ella.

—Pues claro, hija, ¿quién iba a ser?

—Tengo mucho sueño... —protestó irritada.

—Hija, es que es muy grave —musitó la madre.

—Está bien —concedió Gomer mientras se incorporaba frotándose los ojos con gesto malhumorado y cansino—. ¿Qué pasa?

—Pasa... pasa, hija... —comenzó a decir la madre—. Ay... es que es muy grave...

—¿Me lo dices o me vuelvo a dormir? —preguntó impaciente Gomer.

No... no... —dijo inquieta la mujer a la vez que sujetaba la mano de su hija—. No lo hagas. Verás... tu padre regresó anoche muy tarde...

—¿Le ha dado por beber al viejo? —indagó Gomer temerosa de que su sueño se viera interrumpido únicamente por las quejas intempestivas de su madre.

—No, hija, no.

—Bueno, pues dime ya de qué se trata... —protestó Gomer.

—No levantes la voz —musitó alarmada la madre—. No quiero que se despierte...

—*Imah*, ¿vas a decirme de una vez qué sucede?

La madre apartó la luz de la bujía y, por primera vez, Gomer pudo distinguir su rostro. No podía haber duda de que estaba verdaderamente inquieta. Incluso... incluso co-

mo asustada. Casi podría decirse que aterrada. Pero ¿qué le pasaba?

—Tu padre... tu padre... —la mujer respiró hondo como si aquel aliento pudiera infundirle seguridad y sosiego—, bueno... hay un hombre que le ha pedido... que le ha pedido...

—¿El qué le ha pedido? —cortó irritada Gomer.

—Le... le ha pedido casarse contigo...

Gomer sintió como si una bola de piedra, inmensa y fría, se le posara sobre la boca del estómago. ¿Era posible que hubiera oído bien? ¿Podía ser cierto lo que le parecía haber escuchado?

—Y... y... ¡oh, Dios! ¡oh, Dios! Hija... hija, tu padre le ha dicho que sí...

GOMER

Todos los esfuerzos de Gomer encaminados a poder recuperar el sueño durante aquella agitada noche resultaron vanos. No es que le hubiera causado una especial preocupación la alarma pintada en las facciones atemorizadas de su madre. A decir verdad, estaba convencida de que se preocupaba por naderías y de que cuanto menos caso le hiciera mejor sería. Por experiencia sabía que cuando no le estaba advirtiendo sobre su manera de vestir, le estaba contando los peligros de las diversiones y todo ello aderezado con la advertencia de que a su padre no le iba a gustar nada. A pesar de todo, en cierta medida, aquellas frases de su madre eran como gotas de vinagre. Solas, ya hubieran resultado imposibles de tragar, pero en medio de la sabrosa ensalada de la vida, tenían su lugar. Era pesada, pero si después de escucharla por unos instantes, se encontraba con la diversión, hasta podía encontrarla divertida. Sólo que ahora... sólo que ahora la situación era muy diferente. ¿Qué era eso de que habían pedido su mano y, sobre todo, qué significaba que su padre hubiera dicho que sí? ¿Quién era su padre para comportarse de esa manera? No es que ella conociera muy bien la Torah —y, sobre todo, que le interesara conocerla—, pero o mucho se equivocaba o en ella estaba escrito en alguna parte que para casar a una joven antes había que saber si estaba de acuerdo. Sí, seguro que era así, porque se lo había oído comentar más de una vez a sus amigas. «Iban a casar a Sara con